

Historia de México 1

Unidad 4 Independencia y origen del Estado nación mexicano 1810-1854

OA4 Intervenciones extranjeras 1821-1854

Lectura: Carmona Dávila, D. Termina la guerra entre México y los Estados Unidos: son firmados los Tratados de Guadalupe Hidalgo. Recuperado de <http://www.memoriapoliticademexico.org/Efemerides/2/02021848.html> (agosto, 2012).



Febrero 2 de 1848

El tratado que hoy se firma, tiene el nombre oficial de “Tratado de Paz, Amistad, Límites y Arreglo Definitivo entre la República Mexicana y los Estados Unidos de América”, con lo que termina la guerra iniciada desde 1846 por el presidente de Estados Unidos James Knox Polk.

Durante el tiempo que duró la guerra hubo siete presidentes, uno de ellos, Paredes, fue encarcelado; seis generales dirigieron la guerra contra el invasor; se cambiaron la Constitución y la forma de gobierno; estallaron varias insurrecciones; y sólo 7 de los 19 estados que integran la federación contribuyeron con soldados, armamento y dinero a la guerra contra los Estados Unidos.

Al momento de la firma del tratado, las tropas norteamericanas ya han tomado con las armas el territorio cuyo despojo se “legaliza” hoy y ocupan la capital, las principales ciudades y los puertos más importantes del país, en tanto que el ejército mexicano apenas si llega a ocho mil efectivos disgregados en varios estados, mal armados y peor pertrechados.

En medio de esta anarquía el gobierno federal está ubicado en Querétaro. Santa Anna, presidente durante la invasión norteamericana, después de sus grandes y extrañas

derrotas, ha renunciado y el presidente de la Suprema Corte, Manuel de la Peña y Peña, ha asumido el cargo como interino para negociar el arreglo de paz a través del ministro de Relaciones Exteriores Luis de la Rosa. Se procede a las negociaciones de paz, a pesar de la resistencia de liberales como Valentín Gómez Farías, Ponciano Arriaga y Crescencio Rejón, que desean continuar la guerra.

Bajo la mirada del ejército invasor, se negoció la paz a pesar de que la voluntad de una de las partes no era libre, sino objeto de la violencia militar, porque nadie pudo hablar del derecho de Estados Unidos a un milímetro de territorio mexicano. Fue un acto semejante al de quien firma un documento secuestrado en su propia casa y sin ninguna esperanza de auxilio que cambiara su situación. Urgía al gobierno norteamericano dar un marco de legalidad a sus propósitos expansionistas para tratar de ocultar ante los ojos del mundo lo evidente: que esta guerra ha sido cínicamente una guerra de conquista.

El tratado fue firmado en la sacristía de la Basílica de Guadalupe, "La Villa", en la actual delegación "Gustavo A. Madero" del Distrito Federal y fue suscrito por los políticos conservadores Bernardo Couto, Miguel Atristán y Luís G. Cuevas, representantes de México y por parte de Estados Unidos, Nicholas P. Trist. Por ellos, México pierde más de 2 millones y medio de km² de su territorio: Texas, la parte de Tamaulipas ubicada entre los ríos Nueces y Bravo; Nuevo México y la Alta California (hoy California, Nevada, Utah, Arizona y parte de Wyoming, de Colorado y de Kansas).

Como resultado de esta guerra de despojo, México, en ese entonces con 4,665,000 kilómetros cuadrados, verá reducido su territorio, tras la venta de La Mesilla unos años después, también a Estados Unidos, a únicamente 1,964,375 km².

Se otorga una indemnización de quince millones de pesos pagaderos así: tres millones a la ratificación del tratado y el resto en pagos anuales de tres millones. Por fortuna para los invasores, en enero de 1848, mientras todavía se discutían las condiciones de rendición de México, James Marshall descubrió oro en el Molino de Sutter, California, de modo que los 75 millones que invirtieron los Estados Unidos en esta guerra, producirán de inmediato ganancias incalculables

En Estados Unidos triunfó la posición del despojo parcial y fue derrotada la que pretendía la anexión completa de México. Pero como señala Juan José Mateos Santillán (*Los Derechos Históricos de México sobre el territorio de los Estados Unidos*) no fue por altruismo que se respetó la existencia de México, sino por los obstáculos y las dificultades insalvables que se hubieran tenido que afrontar, entre los más importantes: por la religión católica de la mayoría de los mexicanos cuya sede en Europa podría provocar conflictos internacionales en el caso de que se viera afectada; por el racismo que rechazaba la

ineludible mezcla a largo plazo con mestizos e indígenas; por lo dilatado del territorio a ocupar que dificultaría su gobierno y requeriría de enorme inversión para explotar sus recursos; por el idioma español y las lenguas indígenas que serían un obstáculo permanente a la integración cultural; por los valores democráticos norteamericanos que tendrían que extenderse a los mexicanos, a menos que se aplicaran prácticas abiertamente discriminatorias a los mestizos y hasta genocidas a los indígenas; y por la falta de legitimidad con que se ejercería el poder político, que implicaría mantener el control militar directo sobre un vasto territorio para contener el nacionalismo mexicano y las ambiciones colonialistas de potencias europeas, como Francia e Inglaterra.

El cese de hostilidades es provisional y hasta la ratificación del tratado. Se dejarán de bloquear los puertos mexicanos y entregarán las aduanas. Los habitantes mexicanos de la parte perdida podrán conservar sus derechos políticos durante un año y su religión (esto no será cumplido). Estados Unidos impedirá los ataques de los indios (tampoco será cumplido).

Después de la firma del tratado, Trist confesará a su familia la vergüenza que lo había invadido *“en todas las conferencias (ante) la iniquidad de la guerra, como un abuso de poder de nuestra parte”*. Y es que México sufrió la agresión norteamericana con pérdidas enormes e incomparables, como no las tendrá en el futuro ningún país de América y del mundo que se haya enfrentado a los Estados Unidos.

El tratado es la culminación de un complejo conjunto de factores que van desde el expansionismo norteamericano, la inestabilidad provocada por las pugnas entre militares exrealistas, clero, terratenientes y liberales, y la ausencia de una identidad nacional y un liderazgo fuerte capaz de movilizar la resistencia popular como años después sucederá ante la invasión francesa, hasta el centralismo de los conservadores que ocasionó que grandes extensiones de tierra no pudieran ser controladas ni pobladas; además de una administración pública permanentemente en bancarrota por las continuas asonadas y por su ineficiencia en el manejo de los recursos, que expoliaba a la población con impuestos excesivos y los aplicaba a gastos suntuarios.

Los miles de mexicanos que quedaron del otro lado de la nueva frontera, vivirán en adelante como una minoría marginada social y culturalmente bajo el dominio autoritario y discriminatorio de la mayoría blanca, protestante y racista. Serán objeto de hostilidad, vejaciones, abusos y despojos de sus bienes sin posibilidad real de defensa.

El saldo de la guerra a favor de los Estados Unidos fue enorme: surgió como una potencia continental, al apoderarse de un vasto y fértil territorio, rico en oro y petróleo; probó la eficacia de disponer de un ejército profesional y bien armado, capaz de ganar guerras en el extranjero mediante nuevas estrategias y tácticas como las operaciones combinadas

mar-tierra, que utilizará exitosamente en sus siguientes guerras de expansión; y avanzó así su política expansionista de “destino manifiesto” al extenderse hasta el Pacífico y que lo llevará a comprar Alaska y apoderarse de Hawaii y de Filipinas unas décadas más tarde en guerra contra España. Como ya lo había vaticinado el Conde de Aranda, cuando los Estados Unidos se independizaron de Inglaterra: *“Esta nación ha nacido pigmea; tiempo vendrá en que llegará a ser gigante y aun coloso muy temible en aquellas vastas regiones.”*